

Carlos Jiménez Arribas

Viaje al ojo de un caballo

Veinte días en Mongolia

[208 páginas, 15,95 €]



Carlos Jiménez Arribas (Madrid, 1966) ha publicado poesía (*Manual de supervivencia*, *Darwin en las Galápagos*), relato (*Planeador*), y teoría/historiografía literaria (*El poema en prosa en los años setenta en España*). Como traductor, ha vertido al castellano dos libros de W. B. Yeats, uno de Robert Browning, y parte de la obra ensayística de R. W. Emerson. Coeditó la antología de poemas en prosa *Campo abierto*, y ha preparado una selección del mismo género en España e Hispanoamérica que verá la luz próximamente. Es el editor de la poesía completa de Ferrer Lerín, *Ciudad propia*, publicada por Artemisa Ediciones, y prepara una selección de los ensayos literarios y artísticos de José Martí para esta misma casa.

v i a j e
a l o j o d e
u n c a b a l l o
c a r l o s
j i m é n e z · a r r i b a s
a r t e m i s a e d i c i o n e s



**Wild horses couldn't drag
me away**

**Wild, wild horses, we'll
ride them some day**

The Rolling Stones

Viaje al ojo de un caballo. Veinte días en Mongolia.

Mongolia. Verdes colinas en el horizonte. Y allí, pastando en libertad, los últimos caballos salvajes del planeta. El protagonista de esta narración elige, sin saber muy bien por qué, celebrar su cuarenta cumpleaños en un entorno como éste. Averiguarlo será el hilo conductor del viaje. Y las horas de observación en la estepa, entre las manadas de *takhi*, el espíritu austero y colorista de los mongoles, sus costumbres, se sumarán al espectáculo impagable que ante él despliega la naturaleza.

Galería de imágenes



Carlos Jiménez Arribas: «Adiós, Poesía»

Carlos Jiménez Arribas se sumerge en la prosa para llevarnos, guiados por su mirada, al mismísimo centro de nuestra naturaleza. Su viaje no es un recorrido poético y ficticio, es la narración de la experiencia propia de un hombre frente a sí mismo en las lejanas praderas de Mongolia, donde habitan los últimos caballos salvajes del planeta.

GPAE / Madrid [07-08/-2007]

[Esta entrevista puede reproducirse libremente.]

¿Qué le impulsó a realizar este viaje a Mongolia? ¿Y a escribir el diario-relato de su viaje?

La mejor respuesta está en el libro. Creo que hablo de ello al final, y la verdad es que la mejor respuesta es el propio libro. Aunque no me fui hasta allí sólo para escribirlo. De hecho, no tenía ninguna intención premeditada de hacerlo. Me atraía mucho el paisaje que uno se imagina como típico de Mongolia. Luego se descubre que Mongolia es otra cosa, claro. El caso es que esas colinas verdes, que a mí me recordaban a un desierto de hierba, un perfil así, sin concesiones, bajo el cielo, me llamaba mucho la atención. Me parecía un escenario ideal para cumplir cuarenta años, que es como poner el cuentakilómetros a cero. Como eso que dice Barthes del grado cero de la escritura, pero en la naturaleza: el grado cero de la naturaleza, eso me parecía Mongolia, un lugar, por qué no, en el que comenzar, si no de cero, sí de nuevo.

Eché un cuaderno sin estrenar en la mochila como el que echa una caja de tiritas, por si acaso. No había escrito nunca un diario, me preguntaba cómo me sentiría en ese tipo de escritura, si podía hacer que mi periplo por una tierra que se me antojaba especial tuviera algo relevante, no sé, narrable, comunicable. No pensaba estrenar el cuaderno hasta estar en la estepa, con los caballos. Empezar con algo así como, “El macho otea el horizonte mientras las hembras pastan a su alrededor”. No sé, algo parecido. El caso es que nada más sentarme en el avión, cuando vi a aquel ruso leyendo la novela *Aeropuerto*, me dije: esto es lo narrable, un pasajero que lee un libro sobre un accidente aéreo en el avión, esto hay que contarlo. Y seguí por ahí. Con el paso de los días, hubo más cosas dignas de contar, no siempre tan divertidas, más cosas, personas, animales, y esa cosa enorme que es la naturaleza. Y con el paso de más días, la misma escritura se fue haciendo rutina, una forma de relación con Mongolia.

¿Se ha inspirado en el género para escribir su relato?

Como ya he dicho, nunca había practicado la escritura *diarística*. Mi vida no es tan interesante como para eso. He leído diarios de escritores, de poetas, y pocos lo son en su totalidad. Eso me alejaba de este género literario, tan digno como el que más,

claro. Sin embargo, el viajar hasta tan lejos, la experiencia en la naturaleza, con los caballos... todo me parecía, ya digo, un poco más digno de plasmar en el papel. Al principio el género operaba, por así decir, en lo que escribía; buscaba referencias culturales (literarias, cinematográficas, artísticas) para muchas de las cosas que escribía. Pero me di cuenta de que esa prótesis cultural, y occidental, sobraba, de que Mongolia, Mongolia articulada en los seres (animales, plantas y personas) que iba conociendo, era ya un argumento más que suficiente. Igual que digo en el libro, creo que al final, que con el paso del invierno al verano, cuando mudan el pelo, los takhi parecen un caballo que saliera de otro caballo; pues en parte, la escritura de este libro ha sido sacar el libro necesario y suficiente del otro libro, ése que uno se pone en invierno para cubrirse. Cuando, en realidad, ni hace tanto frío ni hace falta llevar un abrigo de visones, ¿no es cierto?

¿A dónde conduce el viaje al ojo de un caballo?

A mí mismo. El ojo del caballo es el pretexto, el azogue en el que mirarse. No sabía ni dónde iba, ni por qué. Pero cuando me vi en esa imagen que sale en el día once, o en el trece, no recuerdo; cuando vi a aquel caballo mirándome fijamente, me di cuenta de que iba un poco hacia mí mismo. Quizá por la edad, ese *en medio del camino de la vida* del Dante, que es una edad como para pararse a pensar un poco en uno. Quizá también por lo que dejaba atrás. Y, claro, por ese horizonte que uno se imagina despoblado pero hermoso, como Mongolia, que suele ser la segunda parte de la vida de una persona. El viaje, pues, me llevó a mí mismo, a aceptarme, por ejemplo. Ahora bien, al lector, ¿a dónde le conduce? Bueno, al lector a mí me gustaría que le llevase a Mongolia: que este librito fuera como un corte en sección en el que se puede ver algo de Mongolia. No todo, por supuesto, pero algo. Y eso sí: que ese algo fuera real. Me importaba sobre todo defender la realidad, hacerlo en ese marco un poco idealizado, sí, pero vigente, válido.

¿Qué tiene de manifiesto vital este relato? ¿Y de manifiesto literario?

En lo que hay de parada antes de seguir, de tramo necesario en la vida de una persona para detenerse, echar la vista atrás y hacia delante, tomar nuevo impulso para seguir, sí que parece eso, un manifiesto vital. Es curioso, no lo había visto antes así, pero así es. Y aunque haya salido del traje invernal, como decía antes, aunque haya intentado desnudarme, despojarme de ese traje que es la experiencia estética en las referencias y todo eso, indudablemente está el bagaje que esa experiencia ha dejado, no siempre cifrado en citas, por ejemplo, pero que está ahí. No sé, quizá me fui a Mongolia para decir aquello de Descartes: pienso, luego existo.

Manifiesto literario es el libro mismo: el hecho de que, en lugar de ponerme a escribir poesía, la sección de la librería en la que hasta ahora ha cabido lo que he escrito o traducido, pues optara por una escritura distinta. Quizá así se pueda entender la lectura que hago de Octavio Paz, muy personal, claro, pero muy necesaria. De repente me encontré en un marco especialmente prístino leyendo algo que pasaba por ser la quintaesencia de la escritura poética (no del poema, sino sobre el poema) y

que me ofrecía una lectura del mundo con la que no estaba en absoluto de acuerdo: ese flirteo tan peligroso con la Nada como categoría poética. De pronto toda la estatura de Paz, y mira que era grande, se me vino abajo, chocó con las aristas de suficiencia, de realidad, de verdad, de defensa de algo que no puede ser relativo. De algo que no puede depender de la óptica con que se mire, de algo que sólo es definible como la Realidad, algo que Paz juega a decir que no es, que no está. Y con él, toda la poesía que yo había leído, estudiado, ¿escrito? No sé, fue como una crisis, como ver que no podía seguir escribiendo así, jugando a ese *veo veo* con la realidad. Afortunadamente, tenía la rotundidad de Mongolia. Y también, aunque esté desprestigiado, la lectura reciente de Zubiri, y la de Gilson. Creo que en Mongolia cambié de caballo: dejé la poesía por la metafísica. El problema es que yo no tengo formación metafísica. Sólo (de)formación poética. Quién sabe, quizá *Viaje al ojo de un caballo* sea mi último libro. Y si se suele decir que es la poesía la que nos deja, pues nada: «Adiós, Poesía. Sólo espero, cariño, que al menos alguno de tus orgasmos no fuera fingido», ja, ja, ja.

¿Qué marca el paso del Ser a la Nada?

No hay tránsito posible. Son categorías completamente excluyentes. Quizá mutuamente explicables. Bueno, con una diferencia: la Nada sólo se explica por el Ser, es lo que no es el Ser, lo que amenaza constantemente con engullirlo, lo que se erige frente al Ser, como su opuesto. El Ser sin embargo es perfectamente posible sin la Nada. Claro, ayuda en la definición decir que el Ser es lo que no es la Nada. Pero también se puede definir en positivo: lo que es. La pregunta, no obstante, tiene mucho sentido porque hay un movimiento, un desplazamiento en apariencia ontológico de la Nada hacia el Ser, ese intento de destruirlo, esa voracidad que muchos han querido leer como deseo, todo muy heideggeriano; o como seducción, muy posmoderno. Gran parte de la poesía que más se valora se ha erigido en torno a eso, ha flirteado con la Nada. No precisamente Octavio Paz, cuya poesía no está a la altura de su obra ensayística, pero sí muchos otros poetas. En poesía, lo que marca el paso del Ser a la Nada es el poema, podría decir un erudito. Yo digo, sin embargo, que es el poeta: y ahí está Paul Celan dando el paso fatídico hacia las aguas heladas del Sena. Posiblemente *Viaje al ojo de un caballo* no sea más que eso: un intento, fallido, quizá, pero hay que seguir intentándolo, de fundamentar la escritura en el Ser. Sin más Nada.

En palabras de la crítica...

De la poesía de Carlos Jiménez Arribas se ha dicho



Carlos Jiménez Arribas es un escritor de una profunda intensidad emotiva que tiende a la prosificación de las emociones, que huye de cualquier lirismo gratuito.

Jesús Bergante . *Diccionario Espasa de Literatura Española*, Espasa-Calpe.



Raro ejemplo de madurez en un primer libro.

El Ciervo.



Un conjunto de prosas domeñadas y tensas, de gran densidad simbólica y sostenidas en el ápice de un lirismo no empalagosamente explícito.

Ángel L. Prieto de Paula, *El País*



El lenguaje de *Manual de supervivencia* parece forjado palabra a palabra, sin regalar nada, con un instinto capaz de hallar el camino apartado, la senda no hollada entre ramajes jamás antes visto, el claro del bosque donde ni el ciervo transparente hubo dormido.

Francisco León, *La Opinión de Tenerife*

Y de sus traducciones



La traducción de Yeats da la talla del magnífico libro original, hace que el oro primigenio no se devalúe.

Juan Antonio González Iglesias, *El País*.



Esta traducción de Yeats es verdaderamente espectacular. Viendo lo que Carlos Jiménez Arribas hace con «Ego Dominus Tuus», por ejemplo, uno tiembla al pensar lo que podría hacer con «Lapislázuli».

Andrés Ibáñez, *ABC*.

RESEÑA DE VIAJE AL OJO DE UN CABALLO

Visión de Mongolia

Elena Gimino / Madrid

Carlos Jiménez Arribas (Madrid, 1966) ha publicado escasa obra propia. Se le conoce un único libro de poemas, un relato de inspiración poética y poco más. Su principal labor hasta la fecha ha sido la de mediador literario: traductor, antólogo. Un tramo importante en esta esbozada trayectoria será sin duda el libro *Viaje al ojo de un caballo. Veinte días en Mongolia*, que publica ahora Artemisa Ediciones. Aparentemente, se diría que estamos ante el típico diario de escritor: el diario de poeta. Podría entenderse entonces este libro como la otra cara de la moneda, siendo los poemas la cruz —siempre lo son. Se ha dicho que la naturaleza ocupa un papel importante entre los desvelos del autor. Pero en *Viaje al ojo de un caballo* Jiménez Arribas va más lejos: hace que la naturaleza lo ocupe todo. Más de doscientas páginas en las cuales el protagonista se sumerge en la naturaleza, se pregunta por la naturaleza, casi se confunde con la naturaleza en su sentido más amplio, biótico y social.

Normalmente, los poetas se levantan, miran por la ventana, ven una luz que les parece nueva —una luz «no usada», dicen— y se lanzan a escribir una enjundiosa entrada en su diario. Pero el protagonista de este libro, su autor, abre la puerta del ger y es la luz la que lo ve, la que le golpea, lo zarandea, saca lo mejor que lleva dentro, y esto no siempre es lo más poético.

La escritura de Jiménez Arribas nace como conflicto y se resuelve en diálogo. Y si en sus entregas previas el diálogo era un monólogo, su nuevo libro sobre los caballos salvajes de Mongolia es polifónico. Aunque el hecho de que todas las voces que aparecen en la obra (la del nómada, la del caballo, la del lobo) se articulen en la voz de un español errante que se fue nada menos que hasta Ulan Bator a celebrar su cumpleaños es lo de menos. El poeta quiso cantar la estepa, pero el resultado fue un relato de potros y jaurías. Cogió dos aviones para perderse en las colinas, y su ger se llenó de gente. Aunque Carlos Jiménez Arribas quiso darnos en español, aunque sin pretensiones, su versión de *La naturaleza*, de Emerson, terminó escribiendo algo más parecido al camarote de los hermanos Marx, con la única diferencia de los ojos rasgados de sus personajes.

Aunque hay mucho lirismo en este *Viaje al ojo de un caballo*, el itinerario acabó imponiendo su pauta narrativa al ojo inquieto del autor. El subtítulo lo deja claro: éste no es el viaje iniciático, el viaje figurado, al círculo de sombra, al ojo opaco. Son los veinte días, con todas sus noches, hasta llegar a él. Éste es el relato del tiempo que tarda el último invitado de la fiesta de cumpleaños en volver a casa, ebrio de tanta estepa. Sin duda, una magnífica novela sobre Mongolia. Una auténtica visión.

[Esta reseña puede ser reproducida libremente citando a su autora.]

artemisa ediciones
augusto figueroa, 21
2º izquierda, 28004 madrid
TELÉFONO-FAX 915225069
info@artemisaediciones.com
www.artemisaediciones.com

distribución en españa
udl libros
TELÉFONO 917481190
FAX 913292585
info@udllibros.com
www.udllibros.com

